

MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA

REVISTA NACIONAL

LITERATURA - ARTE - CIENCIA

DIRECTOR HONORARIO:

RAUL MONTERO BUSTAMANTE

TOMO XXVII

JULIO A SETIEMBRE DE 1944

MONTEVIDEO — URUGUAY

1944

ARTIGAS Y WASHINGTON (1)

Hace ciento veinte años, Artigas, el Jefe de los Orientales, hollaba con su cabalgadura los desiertos confines de la Provincia de Corrientes y llegaba a las orillas del río Paraná. Había sonado para él la hora crepuscular. Traicionado, derrotado, desangrado, perseguido como fiera feroz a través de los bosques y los esteros, el sol poniente proyectaba la sombra fugitiva del caudillo sobre las aguas del río, y la alargaba, como un presagio, hasta la orilla opuesta. Fué aquél el momento decisivo de su vida. Luego de una homérica epopeya sin precedentes en la historia de América, en que al frente de su pueblo había combatido por la libertad contra los dos poderosos imperios colonizadores, y contra los propios hermanos platenses que negaban y resistían el sistema democrático republicano como forma de gobierno para las nuevas soberanías; arrojada la semilla en el surco de la tierra fecunda regada generosamente con la sangre oriental; en paz con la historia, con la vida y consigo mismo, acató estoicamente su suerte, y se dispuso a cruzar el Paraná y retirarse para siempre a la tierra paraguaya, cuyas selvas le esperaban en la otra ribera del río.

En aquellos instantes de suprema soledad para el Jefe de los Orientales, en que todo lo abandonaba menos su fe inquebrantable, un pliego que venía a buscarlo, desde el mundo habitado por los hombres al desierto habitado solamente por las fieras, llegó a sus manos que ya no volverían a empuñar las armas de guerra. Lucía el sobrescrito el escudo de los Estados Unidos de América, y los ojos del héroe, enturbiados por la emoción, leyeron, a la luz crepuscular, el mensaje del representante de la patria de Wáshington en Montevideo en que, en nombre de su gobierno le invitaba a aceptar la hospitalidad de la Unión Americana, donde sería dignamente recibido, y donde se le ofrecía, además de decoroso asilo, el reconocimiento de su rango, de su sueldo, y de los honores que le correspondían. Artigas, cuya resolución de buscar silencioso retiro en el Paraguay era irrevocable, no pudo aceptar el ofrecimiento de la Nación Americana, cuya historia y cuyo ejemplo habían encendido en su alma el fuego republicano y la fe democrática, y que le ofrecía ahora generoso amparo; pero nosotros, sus herederos, no podemos olvidar, ni olvidaremos jamás, que la Gran Democracia del Norte, cuando la traición, el odio y la calumnia se concitaron para destruir hasta el recuerdo del gran proscrito de la historia de América, tuvo la generosidad de reconocer la verdad y la grandeza de su carácter y de su obra, y preparó con ello, desde entonces, los cimientos de la futura vindicación histórica del héroe.

(1) Estos apuntes sirvieron de base a una conferencia dictada en la Alianza Cultural Uruguay - Estados Unidos de América en el año 1941.

El mensaje del ilustre Presidente Monroe que sirvió de consuelo al guerrero vencido en su abandono, fué la ratificación, en una hora solemne de su historia, del juicio que ya había formulado el propio Presidente y los hombres públicos más preclaros de la Unión, en aquellas cinco memorables sesiones de marzo de 1818 en que se debatió el problema de la independencia del Río de la Plata, y que el nombre de Artigas y el de los Orientales resonaron constantemente bajo las bóvedas del Parlamento americano, que oyeron este juicio definitivo: «El único campeón de la democracia en aquellas regiones es el bravo y caballeresco republicano, General Artigas». «Artigas, el jefe de la Banda Oriental, es, en verdad, un repúblico, un hombre de carácter fuerte y de inteligencia vigorosa; valiente, activo, abnegado en el servicio de su país, y poseedor de la plena confianza del pueblo de que es jefe», agregó Smith, el diputado por Maryland, palabras que han sido grabadas en el pedestal que sostiene el busto del héroe que orna el Palacio de las Repúblicas Americanas, de Washington. Los diputados Clay, Forsyth, Robertson y Lownden, nombraron con reverencia y respeto al Jefe de los Orientales. No se detuvieron allí los juicios de los prohombres de la Unión. Rodney, Graham y Bland, enviados el mismo año 18 al Río de la Plata por el Presidente Monroe para estudiar la situación política y social de los países que reclamaban el reconocimiento de su independencia, luego de observar sobre el terreno los hechos y los hombres, escribieron o pronunciaron palabras que no pueden ser olvidadas. «El General Artigas, escribió Rodney, es considerado por personas dignas de crédito, como un amigo firme de la independencia de su país; es incuestionablemente un hombre de excepcionales y singulares talentos». Graham afirmó que Artigas y sus partidarios luchaban en defensa del gobierno propio, del venerado «self government», de la democracia americana. Bland presentó a Artigas y a sus partidarios como valientes defensores de sus hogares, de sus derechos y de su patria contra las dos coronas de España y Portugal, y contra el espíritu reaccionario de Buenos Aires. Los orientales, dijo, son «los más formidables guerrilleros que jamás han existido». «En valor, agregó, no son inferiores a ninguno; y los hechos que de ellos se relatan son tales, que exceden a lo que se cuenta de los partos, de los escitas o de los cosacos del Don».

Unico campeón de la Democracia en el Sur, defensor del «self government», bravo y caballeresco repúblico, amigo firme de la independencia del país, dueño de la voluntad popular, defensor de la patria, de la familia, del derecho, hombre de excepcionales y singulares talentos, jefe de los más formidables guerrilleros que jamás han existido, conductor de un pueblo que aventaja en valor a los de la antigüedad, ¿qué más se necesita para erigir el más grande y más perdurable de los monumentos a un hombre y a un pueblo, sobre todo

cuando eso lo afirman y lo proclaman públicamente hombres que han dado lustre y prez a la historia y a la cultura de los Estados Unidos de América? Pues hay más. Hace treinta años, el entonces ministro de la Unión en nuestro país, señor Morgan, al presentar al Presidente Williman al Contralmirante Stauto que venía con sus barcos a saludar, en visita de paz y amistad, la bandera oriental, recordó en su discurso a los comisionados americanos de 1818 que habían llegado al Río de la Plata en momentos difíciles para «el patriota y bizarro general Artigas», son sus palabras, que, «con razón, agregó, ha sido llamado el Wáshington del Uruguay».



El Wáshington del Uruguay. El hermano de Wáshington. He ahí la base y el fundamento de la amistad fraternal entre la gran Democracia del Norte y esta pequeña y ejemplar Democracia del Sur, y he ahí explicado el por qué al sonar los alevés cañones del Imperio de Oriente en Pearl Harbour, el pueblo oriental vibró de indignación y de coraje y tuvo la sensación de que los cascos de los traidores explosivos que herían a los barcos y las ciudades donde flameaba la bandera estrellada de los Estados Unidos desgarraban también las listas blancas y azules de nuestra bandera, hija de la Libertad, e hija de América.

Este sentimiento tiene en nosotros remotas raíces. Lo experimentó hondamente Artigas cuando, desde los días iniciales de las campañas de la Independencia, se sintió atraído por el ejemplo de la Revolución de los Estados Unidos, y por la espartana grandeza de las instituciones republicanas que fueron su fruto. El Jefe de los Orientales extrajo de la Constitución Americana su concepto de organización política y social de las Provincias del Río de la Plata, que él concretó en estas tres palabras que nadie había pronunciado todavía en el Sur: independencia, república, federación. El trazó, al decir de un escritor, en las Instrucciones del año 13, con la misma seguridad que Jefferson y Wáshington, las cifras del evangelio republicano. El hizo conocer en las Provincias de su Protectorado los ejemplares de la historia de Estados Unidos que logró obtener, en la lectura de uno de los cuales halló, a menudo, deleite para el espíritu y estímulo para la acción. Fué en el culto de esas ideas y de esos sentimientos que concibió el principio de la comunidad americana, que él proclamó en muchos de sus escritos públicos, y al que dió forma concreta, y casi doctrinaria, cuando, en su lucha titánica contra Portugal, dictó las instrucciones para los corsarios orientales y estampó en ellas estas palabras que parecen escritas en los días que corren: «Será declarado buena presa, cualquier buque que navegue con armamento, material de guerra y papeles oficiales de cualesquiera de las majestades española y

portuguesa relativos a la subyugación y nueva conquista de estas provincias, u otras cualesquiera del Continente Americano».

La República no olvidó esta tradición, y la mantuvo desde los primeros balbucesos constitucionales; la proclamaron sus Presidentes y Cancilleres, y en ella se inspiraron los representantes del país en los Congresos y Conferencias internacionales de América y Europa. En la guerra mundial iniciada en 1914, cuando los Estados Unidos de América se incorporaron a las naciones que luchaban por los principios del Derecho y de la Justicia, esa tradición dió vida al histórico decreto del 18 de junio de 1917, dictado por el Presidente Viera y su Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. Baltasar Brum, que proclama el principio de la solidaridad americana como regulador de la política internacional de la República; que establece que el agravio inferido a un país del Continente debe ser considerado como tal por todos los demás países hermanos y provocar en ellos una reacción uniforme y común, y que concluye declarando que el Uruguay no tratará como beligerantes a los países americanos que, en defensa de sus derechos, se hallen en estado de guerra con naciones de otros Continentes.

Esta doctrina y este sentimiento los ha ratificado en muchas ocasiones el pueblo de Montevideo, y ahora viene a mi memoria aquella histórica tarde en que se lanzó a la ribera del puerto a esperar la llegada de la escuadra de los Estados Unidos, en cuya nave capitana flameaba la insignia del Almirante Caperton, y rodeó, y aclamó, y llevó en andas, y acompañó constantemente al noble marino que acaba de morir, sintiendo sin duda la nostalgia de su buque, de su torre de mando, de sus cañones, de la bandera listada de rojo y blanco, constelada de estrellas, entregada al embate de los vientos del Océano y al alevoso ataque de los enemigos de la Libertad.

Notorios son, por fin, los esfuerzos hechos por el Uruguay en las recientes Conferencias de Lima y de La Habana para que prevalezca la doctrina de la solidaridad y comunidad americana, y la consulta formulada a todas las cancillerías de América para lograr la declaración común respecto a que los países agredidos por una nación extra continental, serán considerados no beligerantes. Y no es posible olvidar que, el mismo día que se produjo la brutal agresión que el Imperio amarillo llevó contra los Estados Unidos de Norte América en los precisos momentos en que los representantes de ambas naciones deliberaban en Wáshington sobre la manera de establecer normas de paz internacional, el Presidente del Uruguay, General Baldomir, a cielo descubierto, y a pecho descubierto, pronunció en el Estadio, en presencia del pueblo, palabras memorables que conmovieron profundamente al señor Embajador de los Estados Unidos, señor William Dawson, que estaba allí presente. Horas después, el gobierno de la República dictó el histórico decreto por el cual declaró, en nombre del Derecho violado y del sentimiento de comunidad americana, la solidaridad con el Gobierno de los Estados Unidos de América y pro-

clamó que no considerará a esa nación como beligerante en el estado de guerra producido con países extracontinentales, y se presentaba a concurrir a la Conferencia de Cancilleres americanos en que se definirá la posición de la comunidad del Continente.

He aquí una tradición, una verdadera tradición, y una realidad que explican y justifican el hecho de que las banderas de Estados Unidos y del Uruguay estén enlazadas en estos momentos en que se juega el destino de América.



En la entrada del puerto de Nueva York se hiergue, como un símbolo de la Gran Nación del Norte, la estatua de Bartholdi «La Libertad iluminando al mundo». La gigantesca mujer de bronce levanta sobre los horizontes la antorcha que esplende en la noche, y que parece señalar el cielo cuando la baña la luz del día. A veces, la niebla oculta la estatua y enturbia la potente luz; pero luego aparece aquélla más imponente sobre las aguas que acarician su basamento, y la antorcha resplandece más radiante al surgir del fondo de la bruma. Así es la Libertad, así es la Justicia, así es el Derecho. La soberbia satánica de los hombres suele envolverlos en sombra; pero es sólo para que luego resplandezcan con más brillo y vigor.

Atravesamos una hora de tinieblas. Muchos de los farales que iluminaban al mundo se han apagado, y otros parpadean apenas en medio de las sombras. Pero América tiene sus luces encendidas y vigilantes, y sus rayos luminosos se cruzan con los que nos envía la heroica nación británica que cubre con sus pechos todos los frentes de batalla, y monta guardia en los mares para que la civilización y la cultura cristianas sigan circulando por ellos.

Las luces de América brillan en la noche con resplandeciente fulgor. Las custodia el vigor de nuestra raza y las alimenta el espíritu de fraternidad continental que viene del fondo de nuestra común historia. Las fuentes sagradas del obelisco de Mont Vernon y de nuestra solitaria meseta fluvial, no se cegarán nunca. Nada podrán contra ellas los diabólicos elementos de negación y destrucción. Defendemos un espíritu, un sentimiento, una cultura, un ideal superior, en que la dignidad del hombre y la dignidad de los pueblos están amparados por el Derecho y la Justicia, y regidos por el Amor, que es la suprema fórmula de Democracia.

Se extienden en esta hora solemne de la historia, sobre la faz del Continente, en toda su prístina fuerza, el espíritu republicano de Washington que señala a su patria el camino del deber y de la gloria; el sentimiento austero de Lincoln, el hombre de la libertad, que en días de peligro para su pueblo pronunció estas palabras angulares: «Con la ayuda de Dios, la Nación renacerá a la Libertad y ésta no perecerá jamás en tierra americana»; el evangelio democrático uni-

versal de Wilson, que prevalecerá contra el orgullo y el olvido de los hombres; y junto a todo ello, resuena de polo a polo, y de meridiano a meridiano, la palabra recia y honrada del ilustre Presidente Roosevelt, quien, frente a las brutales fuerzas del mal, nos dice la ruda verdad, y, puesta la confianza en Dios, invoca la solidaridad de los hombres y de las naciones hermanas para salvar la civilización y la cultura del Continente, y el arca sagrada de nuestras libertades.

Todas esas fuerzas morales, y esos estímulos, y esas voces hallan eco esencial en nuestro país, y en nuestro pueblo, donde está vivo y alerta el sentimiento de la nacionalidad, el amor a la independencia, la pasión de la libertad, la aspiración de ver realizado el ideal de solidaridad internacional americana que el hermano de Wáshington concibió mientras construía penosamente los fundamentos de la Patria, y que la República ha proclamado, y mantenido con su conducta en el pasado y en el presente, sin que la hayan detenido ni la detengan, los peligros y la incertidumbre del porvenir.